

El Laurel Literario.

PERIODICO

DE LITERATURA Y ARTES.

Miércoles 27 de Abril de 1842.

RECUERDOS Y ANECDOTAS

DE TALMA.

No teníamos mas que nueve años Talma y siete yo cuando entramos casi al mismo tiempo en el colegio que dirigia en Chailiot Mr. Lamaignière, quien desde entonces ha desempeñado por largo tiempo las atribuciones de juez de paz del distrito. Talma llegaba de Londres, donde su padre ejercia la profesion de dentista. Pasamos juntos dos años en aquel colegio. El gefe del instituto, amado de todos sus discípulos, porque él los amaba, era muy apasionado al arte dramático, cuyo gusto no es difícil inspirar á jóvenes en el momento en que se despierta en ellos el sentimiento y la inteligencia. Todos los años nos hacia aprender y repetir una tragedia y una piezecita cómica que se representaba en la distribucion de premios. Cuando llegamos á entrar en el colegio no pudimos lograr ningun papel en el Cromwel de Deuclairon, escogido para los exámenes de aquel año.

Al siguiente, queriendo Mr. Lamaignière evitar toda comparacion con el teatro francés, desenterró una tragedia impresa con el título de *Sinoris hijo de Tamerlan*.

no representada en aquel teatro, y la hizo estudiar. Era obra de un jesuita, que en otro tiempo habia compuesto esta pieza para los ejercicios del colegio de Luis el Grande. Talma desempeñó en ella con muy buen éxito el papel del hermano de *Sinoris*. Yo debia recitar como unos 30 versos bajo el nombre de un general del conquistador mogol. Una grave enfermedad, que me obligó á dejar el colegio mucho antes de que se verificase aquel solemne acto, me privó del placer de presentarme en la escena con mi célebre compañero. Era ya tan marcado el instinto de su vocacion, que á la edad de 12 años compuso una piezecita en que nuestro maestro distinguió el brillo de su talento.

Separado de Talma durante el curso de mis estudios, no volví á verle hasta que á fines de 1781 volvió por segunda vez de Inglaterra. Nos encontramos en el colegio Mazzarini, á donde iba á seguir el curso de lógica, al mismo tiempo que yo entraba en las clases de física y de matemáticas. Nos reuníamos casi todas las noches en la habitacion de uno de nuestros condiscípulos, que por su edad, mayor que la nuestra, por su carácter y excelente conducta lo considerábamos como nuestro Mentor. Este jóven, que se dedicaba al foro con los Sres. Bellart y Bonnet, que tambien habian sido compañeros nuestros en el colegio, se llamaba Turin. Se conserva de él un discurso im-

preso acerca de la *utilidad de los viajes*, premiado en 1788 por la academia de Dijon.

Mr. Billecocq, literato conocido, especialmente por sus apreciables traducciones, ha tributado á las virtudes y al mérito de este hombre de bien arrebatado al foro, á las letras y á sus amigos, el homenaje debido, en su noticia acerca de Bellart Petitain, economista y estimable literato, Du Chosal, Mr. Catty, primo de Talma, que murió siendo profesor en la escuela de Woolwich, eran juntamente con Talma y yo los mas asiduos en las reuniones que teníamos en casa de Turlin.

Talma á la edad de 18 años figuraba ya en el mundo como uno de los jóvenes mas amables de Paris. Todo agradaba en él; su figura seductora, la elegancia de sus modales, sin la menor fatuidad, un carácter excelente, una inteligencia y una memoria cultivadas con buenos estudios, una voz grata, y muy buen gusto en el canto, aunque lo hacia sin conocimiento del arte, un talento agradable en el sistro, conocimiento en la literatura inglesa y francesa, el sentimiento de las bellezas poéticas en las dos lenguas, que realzaba recitando los trozos mas bellos; no se necesitaba tanto para cautivar á un seco tan dominado por el imperio de todo género de atractivos.

Talma cedía á la afición que inspiraba, y su facilidad espuesta á frecuentes pruebas, pronto cesó la inquietud de sus amigos por su porvenir. Destinado por su familia á la profesion de dentista, seguía docilmente, pero contra su voluntad, los cursos preparatorios para el ejercicio de aquella. No conociendole ninguna disposicion para estudios graves, y temiendo le dañase el abuso de los placeres, pensamos que cesitando ó despertando en su alma una pasion de artista, el deseo de hacerse un hombre, y trabajos que le halesen, le arrancarían á una ociosidad de espíritu llena para él de peligros. Entusiastas del arte dramático asistíamos sobre todo con asiduidad á las representaciones del teatro francés— Mlle. Saint-Val, menor, Brizard, Monvel, Larive nos conducian con preferencia á la tragedia, Biblioteca Nacional de España

áridamente sensaciones la juventud. Talma nos seguía á ella.

Pronto una representacion de *Edipo* le reveló su genio, y le impulsó velozmente á la escena. Larive era aplaudido con furor en aquel papel. Nosotros no participábamos del entusiasmo general. Profundamente atento nuestro amigo, habia notado sin embargo nuestra reserva en medio de las mas estrepitosas aclamaciones. Cuando despues de concluida la pieza le preguntamos la impresion que le habia causado: —» Vosotros no aplaudiais como los demas, nos dijo. En cuanto á mí he escuchado con atencion el papel de Edipo; creo que Larive no lo comprende, y conozco que si yo tuviese que desempeñarle, lo haria de distinto modo que él.» Aplaudimos esta opinion, que nos revelaba la inteligencia y el instinto del artista.

Al dia siguiente nos confesó Talma la pasion que le arrastraba á la escena. Mucho le costó el decirnoslo. Nuestro joven Mentor unia á las cualidades mas amables una gran pureza de costumbres; apoyada en la firmeza de sus principios y de sus sentimientos religiosos.

Talma tenia que se le reconviniere, y quedó agradablemente sorprendido al verse animado y protegido:» Mas vale, le dijo Turlin, trabajar seriamente para ser algun dia un grande actor, si te sientes con talento para ello, que esponerte como lo haces á perderte en los tristes gozos de una vida ociosa y disipada.

Cesitado por nosotros Talma, que su edad, sus gracias y la naturaleza de sus facultades parecian destinar entences para los segundos galanes, aprendió y nos recitó los de Xipharés, de Hipólito, de Egisto &c. Encantábanos su inteligencia, sus dotes exteriores y su desembarazo. Pero en vano buscábamos el fuego sagrado, nada nos decia al corazon. Sin embargo, no reconociéndonos con derecho á juzgarle, le invitamos á consultar á algun artista de renombre.

A Mlle. Saint-Val, menor, (Alziani de Roquefort), fué á quien él se dirigió. Esta artista que se distinguia por un talento eminente y cultivado, así como por una voz clara y verdadera y profunda, era

nuestra actriz predilecta. Yo apenas salí del colegio á los 17 años; rompí lazos por ella con el célebre abogado Gernier, partidario declarado de la rival de las señoritas Saint-Val, Madame Vestris. Hay que advertir que yo ignoraba el formidable adversario con quien me las tenía que haber. De otro modo su solo nombre me hubiera cerrado la boca, pues eran entonces las viejas celebridades objeto de respeto para la juventud. Mlle. Saint-Val, animó á Talma; pero para pronunciarse definitivamente acerca de sus disposiciones, quiso verle representar algún papel en un teatro casero. Talma eligió el de Doyen, que estaba muy en boga, y escogió para su primer ensayo formal el papel de Scide en *Mohomet*.

Lo que sigue hará juzgar del carácter de nuestro amigo y de su franca modestia. Al anunciar su primera salida á Turlin le dijo: «Espero que todos vendreis á verme; porque quiero ser juzgado, sobre todo por vosotros, pues tenéis bastante conocimiento de los actores dramáticos y del teatro para conocer si comprendo bien mi papel, y si le desempeño de modo que conmueva á los espectadores, quiero que me digais si tengo disposiciones á vuestros ojos para ser un grande actor; y si no, no ser un cómico adocenado. Esijo pues de vosotros como un servicio de amigos, que me digais francamente despues de lo que me hayais visto hacer, si creéis ó no que el tiempo y el trabajo me podrán elevar algún dia al rango de los Lekain y de los Monvel. Vuestra opinion sola decidirá de mi porvenir; porque temo que Mlle. Saint-Val, encontrándose quizás con mas disposiciones que todos los que se le presentan, sea conmigo demasiado indulgente.»

Asistimos á la primera salida de nuestro amigo á fines del año de 1783, si no me engaña la memoria. Su éxito no habia tenido ejemplo hasta entonces. Nunca se habia visto en un teatro casero semejante reunion de todas las detes exteriores á la inteligencia perfecta del papel, y al arte de un talento seductor. Desgraciadamente para nosotros y para Talma llevábamos á aquella representación preven-

ciones involuntarias. Temíamos que placeres demasiado fáciles hubiesen agotado ya su corazón. Pero lo peor para él era que abundábamos en recuerdos de Monvel en el carácter de Scide. Las mas profundas emociones que habíamos experimentado en el teatro, las debíamos á la accien verdaderamente sublime de aquel gran profesor en el mismo papel. Escuchando los versos recitados por Talma, no velamos, no oíamos sino á Monvel; sus miradas tan penetrantes, sus gestos, su espresiva pantomímica, sus acentos opasionados ó amargos, cada detalle nos le recordaba, y esta comparacion de todos los momentos perjudicaba al jóven principiante. Muy pronto no nos hizo ya sentir la menor emocion, y nos pareció que en vano se afanaba por conmover nuestra alma. Todos sus esfuerzos eran solo para nosotros una lucha impotente del trabajo contra la naturaleza, y así es que nos manifestáramos frios para con él. El recuerdo solo de Monvel renovaba nuestras antiguas impresiones. Reunidos despues en casa de Turlin, fué unánime nuestra opinion. «A juzgar por lo que hemos experimentado, Talma ha logrado agradar; pero le ha faltado lo esencial, el fuego sagrado.»

Opinábamos en esto como verdaderos aturdidos, porque si el fuego dormia realmente debajo de las cenizas, el tiempo, el estudio, el ejercicio podian lograr encenderlo. Turlin se habia comprometido á hablar con franqueza. Talma lo habia exigido, y aquel cumplió fielmente su palabra. Talma entristecido, pero demasiado confiado en nuestras luces y en la sinceridad de nuestro voto, renunció á la carrera del teatro, á pesar de los consejos de Mlle. Saint-Val, volviendo á proseguir sus estudios en la profesion de su padre y de su tio.

Ocupaciones muy diferentes de las de mis antiguos compañeros me alejaron muy pronto de la mayor parte de ellos, haciendome renunciar á la frecuente asistencia al teatro: cerca de tres años habian trascurrido desde entonces sin que se me ofreciese ocasion de volver á ver á Talma, cuando á fines de 1787, encontrando por casualidad á su primo Mr. Catty, supe por

él que Talma, ecsitado por los actores mas célebres de la época, se habia decidido à revocar nuestra decision. Poco era el tiempo de que à la sazón yo podia disponer; pero conservando una amistad sincera à mi antiguo compañero, y siendo de él correspondido, temí las consecuencias de su nuevo ensayo. Animado por su buen éxito y por la opinion de un hombre de mérito; que de él habia hecho un grande elogio en mi presencia, aunque no le habia visto representar mas que el desgraciado papel de Perpenna en *Sertorio*, aproveché una tarde que tuve desocupada para ir à verle: hacia Talma de Saint Albin en *el Padre de familia*. Esta vez me conmovió vivamente, y encontré en él el fuego sagrado. Concluida la pieza subí à su cuarto. Al verme se le escapó una ligera señal de inquietud, y ví que se acordaba de nuestra desacertada opinion. Tendiéndole la mano, que él estrechó, le felicité cordialmente, y como parecia conservar alguna duda de mi sinceridad: "Tú me conoces, le dije, y si no hubiera tenido que dirigirte sinceras felicitaciones, no me hubiera presentado á tí" Su fisonomía se tranquilizó con esto, y me dijo que no dejase de verle en el papel de Egisto en *Merope*, en el que obtenia siempre merecidos triunfos. Así lo hize, y quedé encantado del colosal talento de y principiante, à pesar de los recuerdos de Monvel y de Molé.

Pasó rápidamente de mis relaciones habituales con mi antiguo compañero à la época de su primer casamiento, de 1791 à 1795. Sabido es cuán agradable hacia su casa la amable y graciosa Julia. Chamfort, La Harpe, Carlos Bougens, varios Diputados de la Gironda, Rionffé; autor de las interesantes *Memorias de un preso*; Souge, à quien se debe *el Caballero de Canolles*; Mlle. Desgarcus, que tambien habia reemplazado à la menor de las Saint-Val, eran sus mas asiduos convidados. Tambien encontré entre ellos à mis antiguos condiscípulos Du Chosal y Alard. Mi familia amaba mucho à Talma, conocido de toda ella desde nuestra infancia. Julia y él asistieron à mis bodas. Pero lo que sobre todo quiero recordar son los

rasgos que pude contribuir à pintar su natrál cándido y la lealtad de su carácter.

Ausente de Paris por los cargos públicos durante mas de 20 años; no veia yo à mis antiguos amigos sino como viajero; pero en mis frecuentes idas à mi ciudad natal, era Talma uno de aquellos cuya cordial acogida me hacia siempre desear ver. Muchas veces comiamos juntos, ya en su casa, ya en la de algun amigo comun, entre otras en la de Langlés, el orientalista, uno de nuestros antiguos condiscípulos. En una de estas comidas en 1804, segun creo, estaba Talma triste, y parecia desanimado al ver el encarnizamiento que contra él manifestaba su antiguo profesor Geoffroy. Tratamos de reanimarle. Yo le cité los versos de Boileau à su amigo Racine:

...Et peut-être aut censeurs de Pyrrhus
Dois tu les nobles traits dont tupeingis
Burrhus.

Recordàbamosle los papeles en que el público le habia manifestado recientemente su entusiasmo: Cinna, Nicomedes, Meron en Britànico. Al oir este último nombre: «En cuanto à este, exclamé yo, no te facilitaré por su desempeño, porque en conciencia no he reconocido en él tu acostumbrado talento, y no has hecho mas que gritar desde el primero hasta el último verso.»—«Vale.....! contestó él, ¿cuando me le has visto hacer?.....»—«Hace ocho ó nueve años.»—«Ah.....! En este caso tienes razon: no oia entonces la primera palabra, y hacia como Lekain en sus primeros años: berreaba, y me movia como un desesperado. Pero desde entonces he estudiado mucho: vuelve à verme, y conocerás que ahora le saco un poco mejor.»

Como todos los dias le renovaban las felicitaciones por el raro talento que desplegaba en Cinna: «A Monvel es à quien se debe admirar, exclamaba: él es nuestro maestro comun. En la grande escena con Augusto ha aplaudido el público mi accion muda: pues bien, yo no he hecho mas que dejarme llevar de las impresiones que produce en mí el arte maravilloso de Monvel,

cuando Augusto dice á Cinna, á quien interrumpe:

..... Mal cumples tu promesa.
No es tiempo: siéntate

Yo caigo naturalmente en mi sitio como un hombre aterrado, y me parece que me clavo en él.

Hacia poco tiempo que habia yo oido hablar con entusiasmo á un apasionado de Talma de la sublime ejecucion de este en el Orestes de Andrómaca, y sobre todo en el famoso monólogo que empieza:

Que veo!... Sí: es Hermione! ¿Que acabo de escuchar?..

Como yo no le habia visto aun en aquel papel en el que despues le he admirado tanto, así como en el de Neron, le rogué que me diese una idea de este monólogo. —Te acuerdas me dijo, de como le hacia Larive, y del acento irónico que daba á este verso:

Ella me pide ahora su sangre y su existencia.

En mi opinion dista Orestes de este pasaje cien leguas de la ironía. En la desesperacion que le abruma, cuando recuerda sus crímenes, la causa que le ha impetido á ellos, el salario que obtiene, á medida que habla, deben ahogarla los sellosos. —Entonces á nuestro lado, en la mesa, pasándose la mano por los cabellos, nos hizo aparecer á Orestes marcado en la frente con el sello de la fatalidad, como lo hacia en el teatro, y nos hizo estremecer y llorar como si estuyesen en él.

Sabido es el efecto constante manifestado á Talma por Napoleon, á quien nuestro amigo habia conocido, amado y aun obligado con favores cuando el futuro Emperador no era aun mas que el general Bonaparte, cuando se hallaba sin empleo y mas desgraciado por su ociosidad involuntaria que por los sinsabores que experimentava. He aquí lo que contó Talma al dia siguiente de un desayuno en casa del primer cónsul, en el que se habia

hablado de la representacion de la muerte de Pompeyo, dada la víspera y puesta en escena por orden de Napoleon. —Habeis desempenado muy bien el papel de César, dijo aquel á Talma; sin embargo, en la salida y cuando responde á Ptolomeo:

Conoceis vos al César cuando le hablais así, &c.

Habeis dicho esto con el tono de un orador de club. Acordaos de que César no era nada menos que jacobino, que hablabá delante de los oficiales romanos, y que lo que dice es oficial. Despues dejándose llevar de sus ideas añadió Napoleon: —"Ademas de que lo que dicen esas gentes (César, Mahomet y yo), está siempre muy lejos de ser lo que piensan." —Pasando luego á hablar del actor que habia desempenado el papel de Ptolomeo, criticó sus maneras y el haber dado á aquel papel una fisonomía demasiado envilecida. —"Bien sé, dijo, que Corneille no pone en boca de aquel príncipe un lenguaje muy elevado. Ofrece á César su corona porque se cree obligado á ello: pero con un lenguaje humilde debe conservar un cierto aire de dignidad. El es Rey; y un Rey, á pesar de lo que pueda decirse, no se envilece nunca hasta en su actitud y su gesto." —La tragedia de Corneille recordaba al cónsul de Egipto y su expedicion. Continuando la conversacion, contó que al poner el pié en aquella tierra célebre, que habian hallado Alejandro y César, y al contemplarla habia advertido alguna cosa en la arena. Habiendo levantado lo que veia, reconoció con sorpresa un camafeo antiguo, y lo que le sorprendió mas es que el retrato incrustado en aquel se le parecia mucho. Cuando os marcheis, dijo á Talma, id á ver á mi muger que os lo manifestará y vereis como os sorprende su semejanza conmigo."

Cuando me contaba Talma esta conversacion, aun no habia podido ver el camafeo ni apreciar el augurio.

Aubert de Vitry.



LA PALOMITA.

ODAS.

IX.

La concha de Vénus
ligeras deslizan,
asidas del cuello,
sus dos palomitas.
La mas juguetona
sacude por dicha
el freno de rosas,
las riendas de cintas,
Y al aura tendiendo
su pluma bruñida
de Chipre abandona
las rientes orillas.
Al sentir su falta
la bella Ciprina
la angustia del pecho
en sus ojos pinta.
Recorre en su busca
las cercanas islas
de aquel mar que fuera
su cuna mullida.
Los bosques de Idália
que aromas espiran,
los templos de Pafos
dó incienso la liban.
Ya corre afanosa
á su Gnido amiga,
ya cansada trepa
del Erix la cima.
Y tú, cara patria
tambien te glorías
de que el alma Vénus
tu suelo visita.
Y á tus amadores,
y á tus bellas ninfas,
pregunta si saben
de su palomita.
Ellos no la vieron,
y ella vió la mia,
y de su hermosura
quedó sorprendida.
La flor que recuerda
de su llanto el día

tal vez menos bella
pareció á su vista;
Y las blancas plumas
tal vez mas estima
que el color de sangre
del hijo de Mirra.
Olvídase pronto
de su fugitiva;
Y qué son las suyes
al par de la mia?
Cuanto mas la observa
tanto mas la admira,
y prendada quiere
á su concha uncirla.
Cortés me la pide,
se la niego á prisa;
y en vano promete,
y en vano suplica.
Sordo á sus clamores,
duro á sus caricias,
ni ablandan sus ruegos,
ni arredran sus iras.
Yo ví correr llanto
por su faz divina...
mi pecho desmaya,
mis labios vacilan.
Entonces artera
un beso me aplica,
y yo enajenado
á consentir iba.
Mas ay! yo cediera
mi fiel palomita?
Que valen sin ella
las mayores dichas?
En mis infortunios
yo triste que haría
si el bálsamo entrego
que cura mi herida?
Véte falaz Diosa,
véte mi enemiga,
no quiero tus dones,
ni besos encima.
X.
Huyes palomita
de tu caro albergue
y tus sueltas alas

cual zefiro mueves?

Huyes, y me dejas,
y tu vuelo tiendes
á los yermos campos
do ser libre quieres?

Ah! torna á tu dueño,
no cause tu muerte
la libertad misma
que ahora pretendes.

Torna á mí, no sea
que víctima inerte
del crudo milano
su pico ensangrientes.

Tú cruzas los ayres
Sin que el mal receles,
tu el vuelo remontas,
tu lenta descienes.

Y los cazadores,
enemigos crueles,
encaran sus flechas.
descogen sus redes.

Y dado que burles
sus iras alevés
si de mí estas lejos
que bien te prometes?

Gozar del verano
los días alegres?

Y del sol molesto
los rayos no temes?
Ver como natura
su tez embellece?

Y que habrá mas lindo
que tu álbor de nieve?
Ver prados con flores,
ver campos con mieses,
y el color dorado
nacer de entre el verde?

Mas vario es tu cuello
cuando el sol le hiere
y el tinte refleja
de rosa y claveles.

Oír del gilguere
las voces éndebles?
Tus tiernos arrullos
en gracia le vencen.

Un grano de trigo
podrá ser que anheles,
y los que comías

en mi mano pierdes.

Que por un charquillo,
que el calor enciende,
de tu bebedero
el agua desprecies!

Ah! vuelve á tu dueño
palomita, vuelve,
que sin él hay riesgos
y en vano hay placeres.

CUADRO DE COSTUMBRES

DE P. DE KOCK.

(Traducción.)

Era tan linda!

Contentamientos de amor.
que tan cansados llegais:
si venis, porque os vais?

MONTEMAYOR: *Diana enamorada.*

Habia hecho el juramento de no amar mas en mi vida. Engañado, vendido cien veces, queria, no alejarme de un seco en el cual cifra la sociedad el embeleso de su vida, pero al menos verle con indiferencia, y no mirar á la belleza sino con ojos de simple admirador, semejante á aquellos hombres encanecidos en el juego que tienen el gusto de mirar sin tomar parte en él. Pero ay! los juramentos del hombre se escriben en la arena!... y como hubiera podido resistir al amor, cuando Clotilde se ofreció á mi vista?.. Era tan linda!

Olvidé mi juramento, el afán de saber tal vez la razon, —podia acaso conservarla estando á su lado? Gracias: torneada cintura, lozanía, atractivos, todo lo reunia para agradar. Era preciso amarla porque todo el mundo cedía á su imperio é hice lo que todo el mundo; pero queria ser

solo en poseer su amor porque siempre somos egoístas. Durante algun tiempo pensé ser adorado: me hacia creer lo que ella queria... como dudar lo que pronunciaba una boca encantadora!... Y cuando su coquetería me ponía triste; con un acento suyo, con una sonrisa disipaba mis sospechas.... Era tan linda!

Por ella cometía mil locuras; descuidaba mis ocupaciones, mis parientes, mis amigos todo lo olvidaba por consagrarme todo á ella. Me hacía sordo á los prudentes consejos que se me dirigian, y evitaba las repreensiones de la amistad; no tenia ojos sino para ella y no existia si ella no estaba á mi lado. Satisfacer todos sus gustos, todos sus caprichos, salir al encuentro de sus menores deseos era mi mas dulce ocupacion. Disipé mi fortuna, perdí el tiempo, no cultivé mis talentos.... pero nada de esto me pesaba: era tan linda!

Por recompensa de tanto amor, lo creéis?... fui engañado aun!... me abandonó!... Yo la ví con otro, y no pude decidirme todavía á poner en duda mi mal. Cuando recordaba lo que habia hecho por ella, su ingratitud, su perfidia, me lisongeaba que facilmente la olvidaría—aun mas: creía aborrecerla tanto cuanto la amé—vanos esfuerzos! mi débil corazon la amaba todavía.... Su imagen venia constantemente á ocuparla, y á pesar de tanta traición sentia que la adoraria siempre... Era tan linda!

Pero ay! su carrera fué corta. Arrebatada á la flor de su edad, no brilló mas que un momento, la muerte vino á hendirle en medio de sus placeres, sus amores, sus seducciones de que constantemente estaba rodeada y que tanto partido sabia sacar. Tantas gracias encantadoras no fueron bastantes á contener la parca cruel! Clotilde descendió al sepulcro!...

Todos los admiradores que formaban su cortejo para obtener de ella una mirada una sonrisa, la olvidaron para correr en pos de otras conquistas. Solo, visitaba su sepulcro, solo me arrodillaba junto la lápida que cubria lo mas seductor que la naturaleza habia formado. Entonces no ocupaban mi imaginacion las penas que me habia hecho sufrir,—recordaba solamente aquellos dulces momentos que pasábamos juntos... Si existiera, todavia me creeria feliz si obtuviese de ella una hora, una sola hora de amor. Por esta hora le perdonaria aun todas las otras.... Era tan linda!!!

J. R. y M.

Librería de los Amigos.

En la misma se hallarán de venta las comedias siguientes:

- El Zapatero y el Rey.
- La muger de un artista.
- Mi dinero y mi muger.
- Una vieja.
- Rita ó la española.
- Ernestina.
- Un castigo en tres venganzas.
- La pasión secreta.
- Diez años de la vida de una muger.
- María ó la niña abandonada.
- Amelia de Vilmur.
- El Belisario.
- Juan ó no hay mal que por bien no venga.
- Las diez de la noche.
- La heredera.
- La novia de 61 años.
- La dama blanca.
- Treinta años.

PALMA.—Imp. de UMBERT, editor.